

La segunda parte del libro es la edición de la novela que ha llevado a cabo de una manera muy acertada Milagros Rodríguez. La editora ha tomado como base, y como es habitual desde los años ochenta, el manuscrito B que, como ya he comentado, se conserva en la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid. A este manuscrito ha añadido únicamente la carta dedicatoria que aparece en los manuscritos S y C «porque justifica la forma epistolar de la novela» (63).

Milagros Rodríguez ha tenido en cuenta para su anotación las ediciones modernas de mayor interés, incorporando a sus notas el resultado de las investigaciones de sus antecesores en la ardua tarea de editar la novela. Por todo ello podemos afirmar que nos encontramos ante una muy completa anotación de uno de los textos más complicados de la literatura española. A esta anotación pocos peros pueden ponerse. Yo me atrevería a señalar dos o tres errores. El primero de ellos tiene que ver con una mala lectura que se ha perpetuado en las ediciones; se trata de «esteraran el tragar» en lugar de «estezaran el tragar», como de hecho se lee en el manuscrito. El segundo es que en la anotación de «privada» (78) se le ha olvidado mencionar que esa palabra también significaba, como recoge *Autoridades*: «plasta grande de suciedad o excremento echada en el suelo o en la calle». El tercero se refiere a la anotación de «caja de guerra» (99), que eran los tambores militares con que los reclutadores atraían a los mozos para reclutarlos, que es lo que significa la frase «hacer gentes» que viene a continuación en el texto. Pero esto no desluce en absoluto una anotación completísima que permite al lector no especializado en la obra el sumergirse en el complejo y rico mundo quevediano.

Por todo lo dicho, creo que nos hallamos ante una muy buena y recomendable edición de la novela picaresca de Francisco de Quevedo. Tanto la introducción como la edición del texto están muy cuidadas, tienen en cuenta las investigaciones y los resultados de los editores anteriores, añadiendo su propia visión de la obra, haciéndola al mismo tiempo asequible para los lectores que se acercan por primera vez a esta obra maestra de nuestras letras clásicas.

Victoriano Roncero López

Vivar, F., *Quevedo y su España imaginada*, Madrid, Visor Libros, 2002, 167 pp.

De unos años a esta parte la producción de ediciones y estudios sobre Quevedo y su obra ha conocido un gran auge, fenómeno en el que tienen mucha culpa esta revista y su sección de Anejos. Los libros y artículos publicados nos han acercado más a esa compleja literatura quevediana de la que hablaba Jorge Luis Bor-

ges. Pero esto no quiere decir ni mucho menos que se hayan agotado los campos de estudio, ni las obras que están a la espera de una buena edición crítica y anotada. Entre los libros recién publicados se encuentra el titulado *Quevedo y su España imaginada*, objeto de esta reseña. El título recuerda mucho al espléndido libro del añorado maestro don Eugenio Asensio, *La España imaginada de Américo Castro*, pero las semejanzas acaban en el título porque el libro de Vivar no satisface las expectativas creadas por el tema tratado.

El propósito del autor consiste en «explicar el desarrollo de la imagen de España y la formación de la identidad nacional en la obra de Francisco de Quevedo» (13). Para lograr este objetivo el autor divide su libro en tres capítulos: en el primero de ellos trata de establecer el concepto de que el yo unificado de Quevedo se basa en la unidad cultural y política de España; en el segundo analiza los principales elementos asociados con la cultura (geografía, memoria histórica, lengua, costumbres y religión), y en el tercero estudia aquellos elementos quevedianos que engrandecen la figura de Felipe IV. Para llevar a cabo este objetivo el autor se basa en obras poco trabajadas de Quevedo como: *España defendida*, *Carta del rey Fernando el Católico*, *Grandes anales de quince días o Mundo caduco y desvarios de la edad*, entre otras. Obras que, efectivamente han sido poco estudiadas, pero que, a pesar de la ausencia de bibliografía que se da en el libro, sí han sido objeto de interesantes aproximaciones por parte de Henry Ettinghausen, Carmen Peraita o del que suscribe estas líneas.

En el primer capítulo («Quevedo y la construcción de la identidad nacional») pone de manifiesto la intencionalidad quevediana de construir una identidad nacional para superar la decadencia en que se hallaba inmerso el imperio español. La principal idea que aquí se argumenta es su consideración de la España medieval como espejo o modelo que Quevedo quería proponer para sus contemporáneos. Aquí se presentan ideas ya analizadas por otros quevedistas como la ya citada del modelo medieval, la de España como brazo de Dios, el concepto de corrupción de las costumbres por parte de la nobleza de su época o los diferentes destinatarios de este tipo de discursos: el rey, el conde-duque o la nobleza. En ninguno de estos casos observamos ninguna originalidad ni tampoco la profundidad que cabía esperar en un estudio que pretendía desentrañar estos aspectos tan importantes dentro del pensamiento quevediano.

El segundo capítulo («El mito de España: la nación cultural») afirma la identidad del escritor con su patria a través de la cultura: geografía, lengua, historia común, religión y costumbres. El libro que más se estudia y cita en este apartado es la *España defendida*, como no podía ser de otra forma. Francisco Vivar concibe esta

obra como un libro de «memorias de España a las que el escritor presta su voz-escritura para vencer el olvido y el silencio» (59). En este capítulo se hace un análisis breve y poco profundo de los principales temas e ideas que Quevedo aporta en este poco conocido pero fundamental discurso humanista. Vivar resume las palabras que Quevedo dedica a hablar de la geografía, del clima, del pasado histórico, de la literatura y de las costumbres de España y de los españoles. Nada hay que objetar a lo aquí dicho, si no fuera porque lo hasta aquí dicho ya había sido comentado por otros quevedistas y porque Vivar no aporta nada nuevo. Es más, se olvida de que la obra es sobre todo la contestación de un humanista español a los ataques de humanistas de allende nuestras fronteras como Marc-Antoine Muret, Isaac Casaubon o Joseph-Juste Scaliger. Unas breves palabras dedica al tema de la lista de los 24 reyes legendarios de España que había creado Annio de Viterbo, basándose en algunos casos (y esto se le olvida a Vivar) en autores clásicos latinos y griegos (Pompeyo Trogo, Estrabón) o medievales españoles (el arzobispo Rodrigo Ximénez de Rada, Alfonso el Sabio). De nuevo, en este apartado se olvida de estudios publicados con anterioridad que habían profundizado en este tema. Aquí debemos mencionar una errata que se debe, sin duda, a la rapidez de la escritura o a una mala corrección de pruebas: Vivar habla de Veroso Caldeo como historiador romano al que coloca a la misma altura de Tito Livio (75), pasando por alto el que Caldeo se refiere a su lugar de nacimiento que acaeció durante el reinado de Alejandro Magno y que escribió su *Historia de Babilonia*, hoy perdida, en griego.

Se centra también en el estudio que hace Quevedo de la lengua castellana y de su posible origen. Tampoco tenemos aquí una comparación de las ideas quevedianas con la de otros importantes humanistas de la época como Gonzalo de Correas, por ejemplo, que también consideraba nuestra lengua como anterior y origen de la latina. De esta forma el lector puede comprobar que las «disparatadas» teorías lingüísticas del escritor madrileño no eran únicas en un tiempo en que todos los países europeos se hallaban inmersos en una carrera por demostrar mayor antigüedad que sus vecinos. Como parte de esta antigüedad lingüística nos encontramos con la comparación que Quevedo desarrolla entre los escritores griegos y latinos, por una parte, y los españoles del siglo XVI, por otra. Vivar hace un brevísimos comentario de este tema sin entrar en la significación ni en la tradición en la que se insertan estas páginas de la *España defendida*. La última parte del capítulo segundo la dedica a estudiar la importancia que Quevedo otorga al patronazgo de Santiago, reflejo de los valores de la cultura española.

El capítulo tercero («El poder simbólico del Rey: nación política») como indica su título está dedicado al análisis, tampoco en esta ocasión con profundidad, de la visión que el escritor madrileño tenía del rey y de su importancia para el país. Vivar afirma que la figura del rey era el elemento unificador entre los distintos reinos peninsulares y que, por tanto, sin el rey España no existiría. En las páginas que siguen presta especial atención a la relación entre Quevedo y el conde-duque de Olivares, entre el texto quevediano y el poder monárquico. Para Vivar la originalidad del pensamiento político quevediano se halla en la «construcción de una imagen simbólica de la figura del rey que dotara a la diversidad de reinos de España de unidad y autoridad para mantener la hegemonía en Europa» (115). A continuación, analiza las características positivas que Quevedo atribuye a Pelayo, Fernando el Católico y los Austrias que precedieron en el poder a Felipe IV. Este tema ya lo habían tratado otros quevedistas, pero Vivar parece desconocer los estudios de sus antecesores, sobre todo el magnífico libro de Carmen Peraita sobre el joven Felipe IV. Señala en estas páginas las coincidencias entre el pensamiento de Olivares y el del escritor madrileño, aunque no analiza las causas que llevaron al alejamiento iniciado a principios de la década de 1630 que culminó con el encarcelamiento de Quevedo en 1639.

La última parte del capítulo la dedica a analizar las características del perfecto monarca, tal y como aparecen descritas en la *Política de Dios*: rey cristiano, rey planeta, rey trabajador y rey que quiere acompañar a sus ejércitos a los campos de batalla. En esta última sección se ha deslizado un pequeño error cuando afirma que: «el argumento principal para no recomendar la asistencia personal era la conservación de la vida. La guerra conllevaba el peligro de la muerte, y fue precisamente *la muerte de Francisco I en Pavía* el ejemplo que aconsejaba no tomar riesgos con la vida del rey» (142). De nuevo nos encontramos con un lapsus, pues el monarca francés no murió en esta batalla celebrada en 1525, sino que en ella fue capturado por las tropas españolas permaneciendo un tiempo prisionero en España; murió en 1547 en Rambouillet.

El libro se cierra con un epílogo en el que el autor resume las principales ideas que ha vertido en los tres capítulos que conforman su estudio. De ella saca dos principales conclusiones: en primer lugar, que Quevedo presenta no una España real, sino la España que él desea; en segundo, que la vida del escritor y la del conde-duque de Olivares son paralelas, y que ambas terminaron en sendos fracasos.

Como conclusión, nos encontramos ante un libro que aborda temas interesantes dentro de la ideología quevediana, pero sin llegar a profundizar lo suficiente en ellos para mostrarnos sus raíces intelectuales; con esto el libro se nos presenta como un

intento fallido. La consulta de la última bibliografía publicada sobre el tema hubiera, quizás, podido subsanar esta importante laguna. A pesar de esto, recibimos este libro como una aproximación interesante a la cada vez más abundante bibliografía quevediana.

Victoriano Roncero López



Universidad  
de Navarra